

*CARLOS MARTÍN*

# **HACIA EL ÚLTIMO ASOMBRO**

*EL ÁNCORA EDITORES*

# Una década de poesía: 1999-2008 Las definitivas ausencias

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

## CARLOS MARTÍN (1914-2008) EL ÚLTIMO PIEDRACIELISTA

A L morir el 13 de diciembre de 2008 en Tarragona (España), el poeta y ensayista Carlos Martín, desaparecía el último representante del grupo Piedra y Cielo. Un poeta que se había desdoblado en ensayista como lo revelan sus libros *La sombra de los días* (1952) en el que figuras como Rilke, Eliot, Cernuda y Antonio Machado le permiten reflexionar sobre la poesía moderna y los misterios de la creación. A este breviario de iniciación se añade *América en Rubén Darío* (1972) publicado por Gredos en España, en el cual efectúa una válida afirmación americana a través del mestizaje y la fuerza telúrica de la naturaleza. Mientras Menéndez Pidal, al hablar de la literatura española, menciona la sobriedad, austeridad y espontaneidad que desembocarían en un realismo ajeno a lo artificioso como a lo maravilloso, Carlos Martín muestra como el cosmopolitismo de un poeta como Rubén Darío, y la presencia del legado indígena, terminan por ser elementos configuradores de ese realismo mágico que daría universalidad y autonomía a las letras americanas.

Página anterior:  
Martín, 1991.

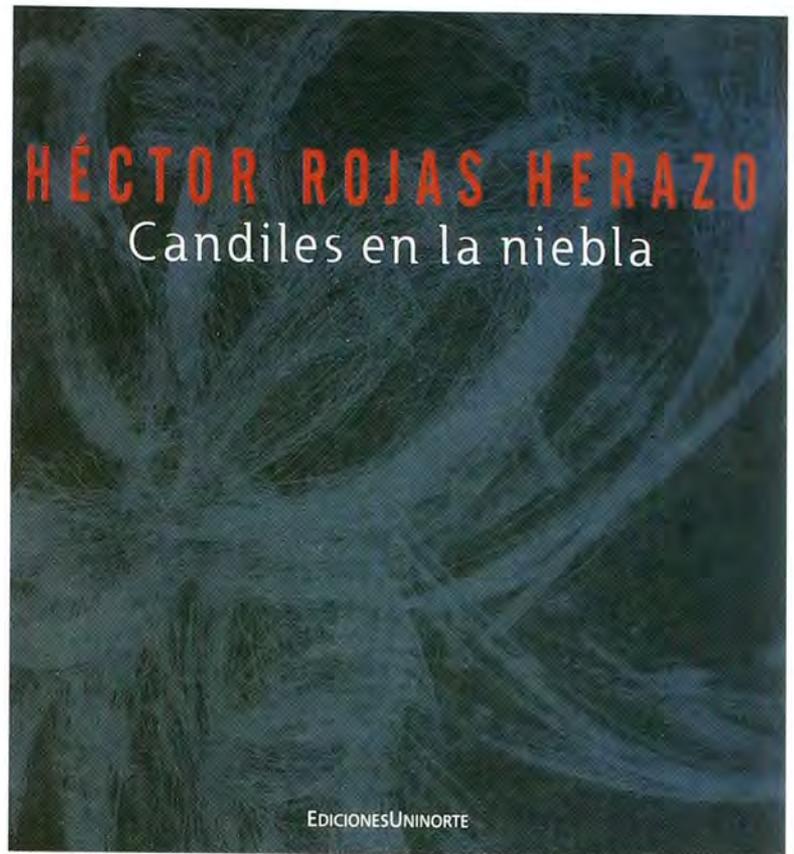
No es extraño, entonces, que en su tercer libro de ensayos: *Hispanoamérica, mito y surrealismo* (1986) figuras como César Moro, Enrique Molina y Octavio Paz convivan, desde la vertiente lírica, con narradores también impregnados por los aires benéficos de un surrealismo revelador del continente, como fueron los casos de Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier.

De otra parte, su poesía, que partió de una seducción por la imagen y la exuberancia del lenguaje, acorde, de algún modo, con el neogongorismo hispánico de su grupo, dio paso a una decantación más seca, sin soslayar nunca su amorosa emotividad. Una poesía de signo elegíaco y carácter contenido, cuya ética predica la aceptación del paso del tiempo y el final del eclipse humano en la resurrección del verso. Así, en su libro *Hacia el último asombro* (1991) podrá decir:

*Igual todo será cuando haya muerto,  
la vida seguirá como antes era,  
volverá tras invierno, primavera,  
esa es la realidad y está en lo cierto.*



Charry Lara, 2003.



Rojas Herazo, 2006.

### ***FERNANDO CHARRY LARA (1920-2004)***

Cuando Fernando Charry Lara muere en Washington ya había ordenado su legado: las cien páginas, luminosas y estrictas, de su *Poesía reunida* (2003) publicadas por el Fondo de Cultura Económica en Colombia.

Desde la publicación de su primer libro, *Nocturnos y otros sueños* (1949) sus poemas avanzan dubitativos y perplejos, donde la palabra se tiende y se retrae, se proyecta y vacila, al intentar apresar una realidad fugaz, sea la del mar, la del paisaje, o la de la ciudad.

*He venido a cantar sobre la tierra  
las cosas que se olvidan o se sueñan.*

Olvido y sueño: el margen indeciso con que la realidad se desdibuja y permite insertarse en una dimensión más concreta y trascendente: la misma poesía. Allí en la cual quedará preservada, por fin, la fugacidad del amor y el perfume del cuerpo femenino, aspirado entre sombras.

*¿Será así la vida inexpresable como el mar?*

La mirada verbal del poeta, en pos de un lenguaje que fije lo evasivo y perecedero. Que entre la vigilia y el insomnio recobre esa música que viene de la lejanía. Los jirones de un sueño, en el que las olas, cual música, golpean en playas remotas y las noches cobijan y amparan tan solo pérdidas y evasiones. Cuerpos que son apenas fantasías de soñador, perdido entre palabras deficientes y ajenas.

La necesidad de un cuerpo, el cuerpo del amor y el cuerpo del poema, imaginado por un adolescente. Las palabras apenas sí sugieren, pero no definen del todo, y la música busca y tantea en pos del acorde más íntimo y revelador. Interiorizar el mundo y fijar, en el contorno, el latido personal. Pero ese contorno, de suburbio y hotel por horas, de hospital y cafetería, se resiste a la palabra, salvo por instantes de raptó y delirio. Cuando la noche, con su magnetismo insondable, fascina y atrae, y en ella, bosque de respiraciones, abrazo en la sombra, se da el encuentro, tan real como un sueño. Pero ese fulgor, ese destello, cae de nuevo en la oscuridad, y un hálito de taciturna tristeza, impregna todo el conjunto. “Mírame aún, pero recuerda / que se olvida”.

El solitario, desde una alta ventana, ve brillar las luces ajenas de una Bogotá que ya no es suya. Que arde como un espejismo. Tal la imagen válida que Charry Lara nos ha legado.

De otra parte, su tarea de lector y estudioso de la poesía, sobre todo de la latinoamericana, ha quedado preservada en su libro *Lector de poesía*, reeditado.

Para una versión más detallada de la obra de Charry Lara puede verse Juan Gustavo Cobo Borda: *El olvidado arte de leer*, Bogotá, Taurus, 2008, págs. 69-75, en el que hay también trabajos sobre Jorge Zalamea y Aurelio Arturo.

### **HÉCTOR ROJAS HERAZO (1921-2002)**

Hombre generoso, de tertulia y diálogo, de jugar ajedrez y consultar el diccionario, Héctor Rojas Herazo publicó cinco libros de poemas, tres novelas y una miscelánea con sus notas y ensayos. Dijo en uno de sus poemas: “Mi tremendo, mi orgánico nombre / mi nombre de filo y de simiente”. Esa fecunda simiente se manifestó también en por lo menos cincuenta exposiciones de pintura en Colombia y el exterior; y en el cultivo asiduo del periodismo, ya sea en el Diario de Colombia o en la primera época de este Boletín, precisamente, o en las Lecturas Dominicales de El Tiempo.

Su conversación era deslumbrante y en las redacciones de los periódicos de la costa Atlántica había compartido con Gabriel García Márquez, Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas y otro poeta, Gustavo Ibarra Merlano, asombros y descubrimientos. Sus notas, por ejemplo, sobre César Vallejo, Pablo Neruda o Luis Carlos López tienen la penetración intuitiva de quien lee, ante todo, como poeta. Un poeta situado en un patio del trópico (Tolú, Sucre), afirmado en una dimensión corporal de riñones y muelas, y con una agudísima conciencia del desgaste de todas las cosas. El óxido y el comején como persistentes enemigos. Pero la aventura humana, enmarcada entre las presencias hogareñas y el misterio del huésped imprevisto, posee ángeles tutelares: Walt Whitman, Pablo Neruda, algo de Perse, mucho de las figuras bíblicas y el dolor de haber perdido el paraíso de la infancia y padecer ahora la sucia grasa de la ciudad y sus fantasmas. Antes de Rogelio Echavarría y *El transeúnte* (1964), mucho antes de Mario Rivero y sus *Poemas urbanos* (1966) ya Rojas Herazo, en 1961, con su *Responso por la muerte de un burócrata*, nos había traído perfumes de secretaria y melancolía de oficinas, cines de barrio y jerarquías que humillan, deambular por calles sin sentido en la extraña “gloria de la putrefacción”. Por ello sus libros de poemas tienen mucho de andadura narrativa, de historias cotidianas insertadas en ámbitos misteriosos o legendarios. Pero el enigma mayor lo constituye el propio Héctor Rojas Herazo como lo reitera en su libro póstumo *Candiles en la niebla* (Barranquilla, Uninorte, 2006) en el que restriegas, una y otra vez, sus llagas y falencias en pos de una imposible

inocencia. Una memoria ulcerada por el hambre con que sus ojos miraron al mundo. Por ello su serie *Obituarios*, como en el núm. 4, termina por ser el suyo mismo:

*Es a mí a quien despiden  
en esos obituarios.  
Por mí lloran y encienden  
lámparas de candor en mi recuerdo.  
Algo de mí se esconde en cada rostro  
de los muchos que forman el olvido.*

Una antología preparada y prologada por Juan Manuel Roca y Felipe Agudelo: *Las esquinas del viento* (Medellín, Eafit, 2001) y una muy completa recopilación de su obra poética entre 1938 y 1995 preparada por Beatriz Peña y publicada por el Instituto Caro y Cuervo como número 2 de su serie Poesía rescatada, editada en Bogotá en el 2004, ratifica el interés por su trabajo. Pero son quizá los dos volúmenes compilados y prologados por Jorge García Usta donde se reúne su obra periodística entre 1940 y 1970 los que han sido una auténtica revelación sobre su capacidad de análisis y comprensión tanto de la literatura, el cine y la pintura, como de la cultura popular en sus expresiones musicales y del folclor, en general del mundo Caribe, con los títulos *Vigilia de las lámparas* y *La magnitud de la ofrenda*, que fueron publicados en Medellín, por la Universidad Eafit, en el 2003.

### **MARIO RIVERO (1935-2009)**

Cuando Mario Rivero murió repentinamente en la madrugada del domingo de resurrección, el 12 de abril de 2009, en su casa del barrio de La Candelaria en Bogotá, uno de sus últimos libros *Balada de la gran señora* (2004) adquiere un carácter premonitorio. Plagado de mayúsculas, signos de admiración, e infinidad de guiones, los versos sólo buscan conjurar a la muerte, dueña y señora.

Rivero no teme incurrir en lo obvio: la bolsa llena de males, “la famosa cosechadora con su guadaña”, el frío que despiden y que obliga a taponar todas las grietas para que no se cuele. Pero ella, no hay duda, alcanzará su objetivo y pesará el alma en la consabida balanza.

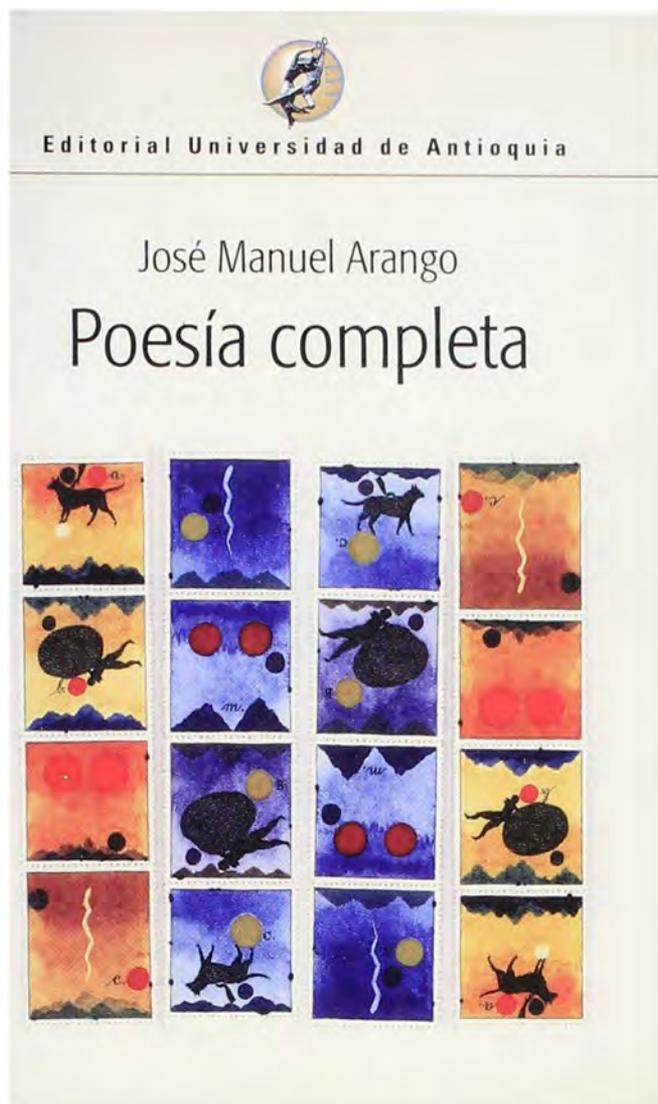
Elegías melancólicas, oraciones para que la Virgen interceda, reducción de horizontes: “Un cuarto, una cama, una silla”. Y la soledad de quien ve tachar, en la libreta de teléfonos, el número de sus amigos. Los ahorros obtenidos no sirven para pagar la deuda y el punzante aroma de un recuerdo —amor, reseda— no hace más que intensificar la melancolía. Sólo restan papeles y fantasmas. Quizá los 37 años de la revista *Golpe de dados* y los libros, como la *Balada de la gran señora*, que en Bogotá se cubre de nieve y puertas cerradas, en silencio. Mario Rivero había nacido en Envigado (Antioquia), en 1935, y sobre su poesía puede consultarse Juan Gustavo Cobo Borda: *Cruce de lecturas*, Medellín, Eafit, 2009, págs. 148-153.

### **JOSÉ MANUEL ARANGO (1937-2002)**

Un año después de muerto, en el 2003, la Editorial de la Universidad de Antioquia publicaba la *Poesía completa*, de José Manuel Arango, en 358 páginas. Una obra muy limpia y depurada, en general de poemas breves, en diálogo constante con la naturaleza (palomas, perros, serpientes, montañas) que daba fe de su niñez



Rivero, 2004.



Arango, 2003.

campesina y la necesidad de mantener vivo ese contacto. Desde su primer libro: *Este lugar de la noche* (1973) son personajes de sus versos ciegos y sordos, en asilos y hospitales, tanteando las sombras; y la muerte, en general, afinando los rasgos de todos, incluido ese poeta, “solitario y vano”:

El mismo ojo que en un baldío, comprueba “el verde fértil de la maleza”, la cual afirma:

*En el corazón mismo de la ciudad  
una pervivencia salvaje.*

Esa “pervivencia salvaje” que lo llevó a invocar dioses indígenas como Bachué, y a comprobar trágicos límites de la razón, como en sus conmovedoras cinco líneas sobre Hölderlin:

*quizá la locura  
es el castigo  
para el que viola un recinto secreto  
y mira los ojos de un animal  
terrible.*

Poesía contemplativa, de mirada atenta, que reconoce su deuda con poetas estadounidenses a quienes tradujo con maestría (Emily Dickinson, William Carlos Williams, Wallace Stevens); la ciudad se vuelve escenario para una doble serie de actores: los amantes, que traen de alguna forma consigo la resurrección de los dioses; y los muertos, que en calles y plazas nos recuerdan no sólo la violencia que padecía Medellín, sino que se proyectan, como todo en su poesía, hacia un sustrato ancestral, de sacrificio iniciático. De primera marca para tomar posesión de una tierra.

Este contrapunto se resuelve, finalmente, en poemas como *Pensamientos de un viejo*, en el cual a través de la figura de Fernando González, se logra una reconciliación maliciosa con la vida misma, asumiendo su podredumbre y caída, pero también su elástica risa y su esplendor. El aire, “burlón y alegre”, con que los vagabundos tararean en un parque o componen en una esquina. Música urbana para recobrar el silencio original con el cual la lírica abre el oído al hombre, aturdido en el desgaste de su diario afán.

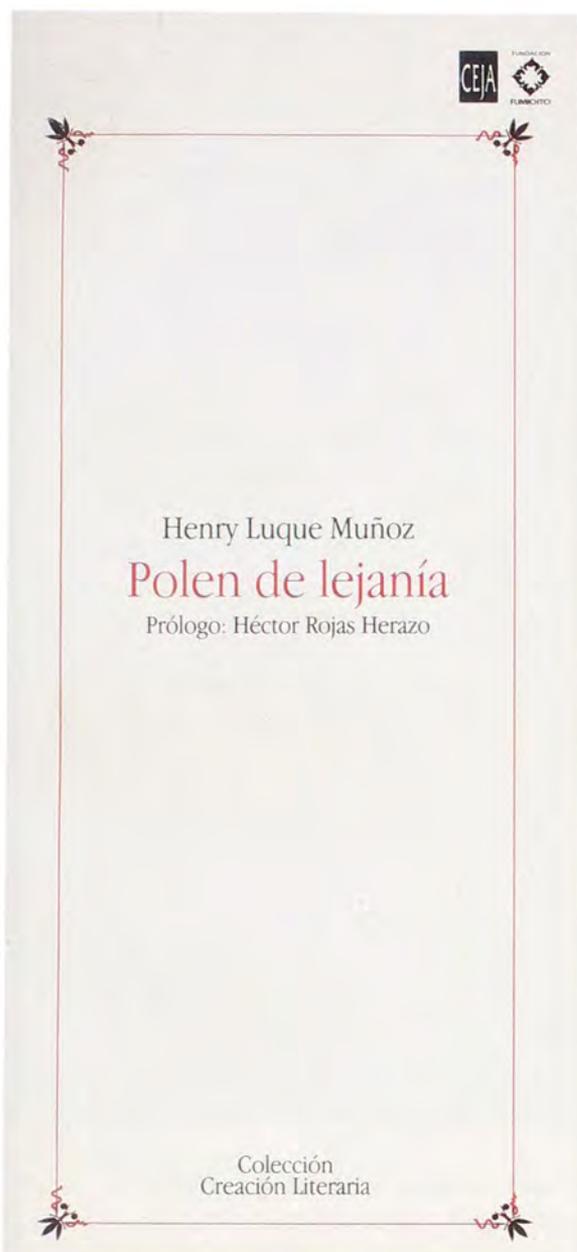
La obra de Arango ha tenido una amplia resonancia crítica. Se destaca el trabajo de Darío Ruiz Gómez: “José Manuel Arango: imagen y sentido”; incluido en el libro *Literatura, historia, circunstancia*, Cali, Universidad del Valle, 2007, págs. 125-129. El de David Jiménez: *La poesía de José Manuel Arango*, que abarca sus cuatro primeros libros, hasta *Montañas* (1995), aparecido en el Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XXXV, núm. 47, 1998, págs. 43-75 y las diversas reseñas de Edgar O’Hara aparecidas en el mismo Boletín como la dedicada a *Cantiga* (1987) en el vol. XXV, núm. 15, 1988, págs. 152-155, y a sus *Poemas* en el vol. XXIX, núm. 30, 1992, págs. 107-109. También resulta de interés el trabajo de Luis Hernando Vargas: “Las reflexiones de José Manuel Arango sobre la poesía”; en el Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XLIII, núm. 73, 2006, págs. 17-51.

Debe también tomarse en cuenta su tarea como traductor: Emily Dickinson *En mi flor me he escondido*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2006.

### **HENRY LUQUE MUÑOZ (1944-2005)**

Luque Muñoz se graduó en sociología y muchos años más tarde viró hacia la literatura obteniendo su título de magíster. Se desempeñó como profesor universitario y publicó su primer libro con un título tomado de Apollinaire: *Sol cuello cortado* (1973). Formó parte de la generación Sin Nombre y pasó varios años en Rusia donde escribió dos libros divulgativos sobre escritores de ese país. En 1998, con generoso prólogo de Héctor Rojas Herazo, y con el título *Polen de lejanía* (Universidad Javeriana) hizo una selección antológica de su propio trabajo.

Más eficaz en los poemas breves, de carácter epigramático, este deslumbrado lector de Vicente Huidobro admiraba el poder de la imagen sorpresiva, pero en su caso muchas de ellas se tornaban demasiado arbitrarias. Había detrás de muchos de sus poemas fascinación por una belleza, encarnada en el cuerpo femenino, pero crueles limitantes de dinero o de clase, rebajaban ese milagro y terminaban por esclavizar al exultante cantor a una adoración sin recompensa. Allí acechaban “el empresario con su oro” y los muchos grilletes del prejuicio. Pero ese clima hostil, que lo llevaba a exaltarla como una diosa cósmica, a volverla parte indisociable de su propia sombra, tenía un reverso de sangrienta lucha de contrarios: “En el día, / me hincaba ante su brillo, / y en la noche, / la devoré como un buitre”.



Luque Muñoz, 1998.



Carranza, 2004.

Había, además, en los otros temas que trató —los viajes por países exóticos, la mediocridad de la vida nacional, la crueldad de la conquista americana— una intención programática, que recortaba los hallazgos y expandía las secuencias, hasta un exceso previsible, como sucede en el titulado *Polen de lejanía* o en *Carta al diablo*, donde vuelve al tema central: el olvido de la ingrata. Por ello volverá a pedir: “Muéstrale mi cabeza cercenada / en un plato de olvido”.

### **MARÍA MERCEDES CARRANZA (1945-2003)**

Cuando el 11 de julio de 2003, al amanecer, María Mercedes Carranza decidió voluntariamente quitarse la vida, la sensación fue de total estupor. Desde 1986 dirigía la Casa de Poesía Silva, un infatigable laboratorio de talleres creativos y de compromiso eficaz con la paz del país, a través del diálogo en torno a la poesía. Pero una lectura atenta de sus varios libros, desde el inicial *Vainas y otros poemas* (1972), revelaban como el miedo y la soledad presagiaban el sarcasmo en torno a

su intuido funeral. Allí donde la risa cruel de la antipoesía de Nicanor Parra desnudaba tanto la farsa como la retórica. El rito social como la palabra adulterada. De ahí la sequedad expresiva de su tono y el personaje que dibujaban: una mujer sola en un mundo inhóspito. Su poema *Bogotá, 1982*, por ejemplo, nos habla de “la desconfianza, el recelo / entre sonrisas y cuidadas cortesías”. Así, en un intento de fundir Borges con Cavafis, elaboraba ese monólogo, infectado de literatura, que no alcanzaba a maquillar su pesadumbre.

La “cocinera, madre y poeta”, como se definió, no lograba que el ejercicio del verso exorcizara sus temores recurrentes: la vejez, el fracaso de las relaciones afectivas, la violencia que secuestraba a su hermano y enmudecía al país, intimidado. Por ello seguía escribiendo, de modo cada vez más lacónico, como en *El canto de las moscas* (1998).

Simples, tajantes anotaciones. Epitafios de los pueblos donde habían ocurrido masacres, sean de la guerrilla como de los paramilitares. Volvía entonces el irrefrenable anhelo, como mujer, de una intimidad compartida ante el peligro. La petición para que

*el dulce engaño de ser tú y yo dure  
el vasto tiempo de este instante.*

Muy consciente, eso sí, de su fragilidad, visible en el diálogo con su hija, en el coloquio con su padre, el poeta Eduardo Carranza, en su rabiosa amargura por una patria que no terminaba por cobijarlos a todos. Por ello en su *Arte poética* expresó:

*Palabras que no tienen destino  
y que es muy probable que nadie lea  
igual que una carta devuelta. Así escribo.*

Con el título de *Poesía completa y cinco poemas inéditos* apareció en el 2004 la obra de María Mercedes Carranza prologada por José Emilio Pacheco y editada por Alfaguara.

### **JORGE GARCIA USTA (1960-2005)**

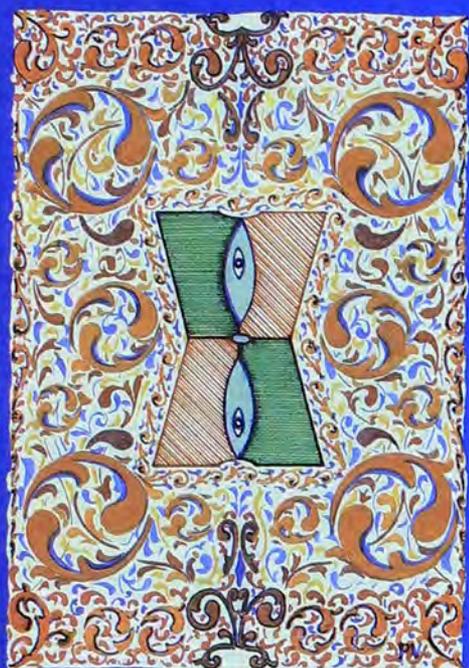
El 25 de diciembre del 2006 falleció en Cartagena de Indias, de un derrame cerebral, el poeta, investigador y promotor cultural Jorge García Usta, nacido en Ciénaga de Oro (Córdoba), el 13 de enero de 1960. Las tres actividades que se mencionan son determinantes en su trabajo poético, reunido en seis libros a partir de su inicial *Noticias desde otra orilla* (1985).

García Usta rescató la obra periodística de Héctor Rojas Herazo, ya mencionada, y señaló la importancia de Cartagena en las novelas de García Márquez, con su libro *Cómo aprendió a escribir García Márquez* (1995); también era un investigador, al rescate de la cultura de su región, a través de la poesía. Allí está su “Noticia de Alejo Durán”, su “Primer borrador para un reportaje de la cumbia”, y sus postales de “Mochila” Herrera y Kid Pambelé. Igualmente hablará de “una costa de pescadores y peloteros”. De lavanderas bajo el sol del Sinú, o de patios donde juegan los niños, conversan los vecinos o en ocasiones canta un juglar. Un mundo cuatri-étnico en el cual se funden indígenas, españoles, africanos y árabes.

JORGE GARCÍA USTA

## El fuego que perdura

Antología poética



EL REINO ERRANTE  
Biblioteca de literatura del Caribe colombiano

García Usta, 2007.

Por ello uno de sus libros más emotivos y logrados es, sin duda, *El reino errante. Poemas de la migración y el mundo árabe* (1991). Su contracarátula lo expresa así:

*Su abuelo Jorge Usta, un artesano de Damasco, arribó al Valle del Sinú a principios de este siglo, donde tuvo algo más de 40 hijos. Su abuela Esquilla Farut, lo hizo después. Del sueño de ambos, una mezcla de obstinación comercial, rigores domésticos, ensueño milenario, común a miles de árabes americanos, está hecho este libro.*

Forma así García Usta parte de la fecunda tradición del influjo árabe en nuestras letras, ejemplarizada en poesía con los nombres de Meira Delmar, Giovanni Quessep y Raúl Gómez Jattin; y en la narrativa con Luis Fayad, Fernando Cruz Kronfly y Juan Gossaín, entre otros.

La poesía de García Usta, en este libro, se impregna, en consecuencia, de tiendas donde se venden, por yardas, zarazas y popelinas, en la calle ya llamada de los Turcos. Donde el trigo y el ajo, la cebolla y la almendra, engendran el quibbe: “De rodillas, hermanos / A hermanarse vida en este cielo inmediato” (pág. 19). Y a añorar, siempre, la tienda del beduino y la mezquita de Alá. A mirar, desde la distancia del Caribe, a Jerusalén, también ciudad sagrada para el Islam, a la cual

dirá, por boca de su paisano Salim Muvdi: “Ajena madre mía, /estoy cansado de beber agua prestada”. El exilio de la tierra también lo era del alma. Sólo la poesía restituye la patria verbal, a través de las historias de parientes y amigos muertos y resucitados en estos versos. Al oír, de 1887 a 1970, las voces de la comunidad transplantada y su mirada bifronte hacia la tierra de partida y el puerto de llegada ilustradas con pertinentes y nostálgicas fotos.

*Monte adentro* (1992) y *La tribu interior* (1995) dejan atrás el orbe árabe y se internan en lo que García Usta llama “la sinuanía”. Una poesía agrícola, una poesía rural de pueblos y campos que busca componer “la canción de la tierra”. La hace con hamacas y mote de queso, con tinajas, cumbiambas y bateas, taburetes recostados e historias y leyendas, del mohán a morder “cazabes / en una plaza / donde la luz es escándalo”.

En dicho escenario, de sudor y siesta, el perpetuo combate para mantener intactos seres concretos a los que diluye el clima, el abandono y la miseria, se nutre de la música popular y la resistencia compartida. Por ello dirá:

*La muerte no es lo que duele  
sino la fiesta inconclusa.*

Celebración y alboroto, pero también pesadumbre y lejanía. Lecturas de Góngora, Vallejo y Rulfo y el aceptar que en toda conquista el vencedor es en realidad el vencido, incorporándose a lo que cree suyo. Trátase de la lid amorosa como del trabajo en el campo, en cosechas de medio año e inundaciones de invierno. Y ese amor, de “carácter municipal”, en el que siempre la naturaleza, a través del mar o los animales, impregna pieles y plazas. “La escasez de alas” del poeta que apenas si sueña a su musa más desnuda aún, pues así “eres más pueblo”.

En definitiva una poesía que busca (y logra) dar identidad a “muchacha gente sin nombre / y muchos oficios rencorosos / y mucha tierra rota”.

Editado en Montería por la Gobernación de Córdoba, en el 2001, *Noticias de un animal antiguo* reúne sus cinco primeros libros de poemas y un amplio repertorio crítico sobre su obra. Por su parte, la Universidad de Cartagena, en el 2007, y con el título *El fuego que perdura*, con selección y prólogo de Rómulo Bustos Aguirre, editó una antología de toda su poesía, incluido su libro póstumo *Cantaleta del amoroso* (2006).

## UN RESCATE

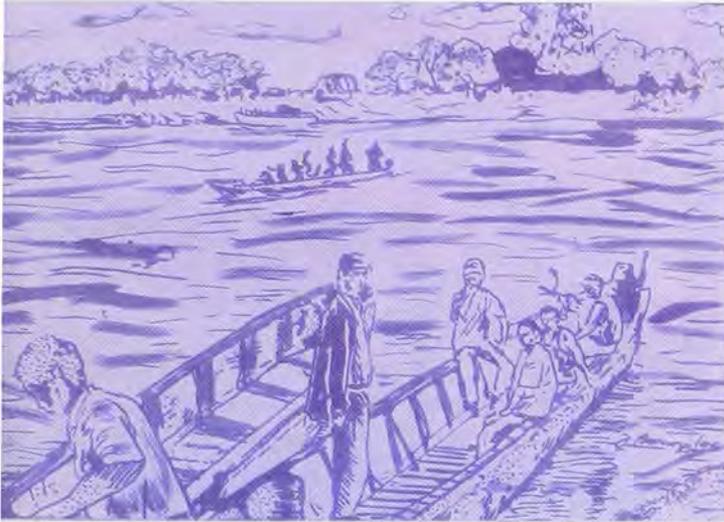
### CANDELARIO OBESO

En 1946, en la Editorial Pleamar de Buenos Aires, en la colección Mirto, dirigida por el gran poeta español exiliado en la Argentina, Rafael Alberti, apareció el libro de Emilio Ballagas *Mapa de la poesía negra americana*. Era, no hay duda, una sorpresiva novedad, en la que figuras como Nicolás Guillén, Manuel del Cabral, Luis Pales Matos, Andrés Eloy Blanco e Ildefonso Pereda Valdez iban trazando los puntos cardinales de un nuevo espacio lírico. Con un amplio glosario, al final, para explicar tantos términos de origen africano, que hasta entonces se ignoraban, la música de esos cantos resonaba imperativa y melódica, como un sonoro golpe de tambor.

Cantos

# populares de mi tierra

Candelario Obeso



antología poética de los olvidados

Obeso, 2005.

El único colombiano incluido allí era Candelario Obeso, sobre quien la nota de presentación decía que había nacido en Mompo el 12 de enero de 1849.

*De origen afroamericano y de cuna humilde ascendió por esfuerzo propio y tuvo lugar distinguido en la enseñanza y en la vida pública.*

Se hacía allí también mención a un bunde o canto popular del capítulo LVII de la novela *María* de Jorge Isaacs con lo cual la raza negra unía en las letras al Pacífico y al Atlántico, al Valle del Cauca y a las riberas del río Magdalena, como lo corroboraba el único poema de Obeso antologado: la *Canción der boga ausente*. Un canto lunar, de melancólica evocación, en el que el remero se dirige a la amada, en medio de sus faenas, temeroso de no ser para ella más que pura ausencia.

En 1887, en Bogotá, en la Imprenta de Borda, habían aparecido los *Cantos populares de mi tierra*, de Candelario Obeso, curiosamente dedicados, en su mayoría, a figuras de la política y las letras como Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José María Samper, Felipe Pérez o Aníbal Galindo. El hijo natural, y sin contactos, que había venido de la costa a estudiar en Bogotá, carente de recursos, buscaba así vincularse con el poder a través de las letras, y consiguió con ello algunas prebendas diplomáticas en Panamá primero y luego en Francia.

Sin embargo, las figuras a quienes dedicó sus poemas parecían los lectores menos apropiados, gramáticos y latinistas, para esas composiciones de gente montaraz que vivía, pobre y libre, en las vastas sabanas próximas al río Magdalena. Era un lenguaje, más que escrito, balbuceado y cantado en la áspera tonada de la gente descalza, ducha en el anzuelo y la peñilla, y las astucias de los animales de monte y río. Siempre con la ensoñación romántica, a flor de labios. Sólo que ese romanticismo también dejaba traslucir la discriminación y la injusticia. El trágico amor, frustrado por los prejuicios raciales y las desigualdades económicas.

Quien fuera sargento mayor y capitán adjunto del estado mayor general del ejército de la República, como estampó en la portada de su traducción de 1878 de unas *Nociones de táctica de infantería* de un teniente belga, podía participar en las guerras civiles, en la batalla de Garrapata, pero los combates del amor, en pos de damas de imposible alcurnia, los fue perdiendo todos.

Pero él no cejaba, como lo atestigua su largo poema *La lucha por la vida*, publicado en 1882, o al traducir manuales para aprender inglés, francés o italiano, sin olvidar por ello su versión del *Otelo* de Shakespeare. No sería extraño que esta figura singular, en un medio ramplón y obnubilado por la blancura de la piel y el lustre de los apellidos, terminara suicidándose el 3 de julio de 1884. Su admirador Juan de Dios Uribe, lo despidió así:

“Candelario Obeso tomó la muerte por su propia mano en vez de esperarla calmado”. Ahora su voz, inconfundible, revive en medio de su ciudad y su río, al margen del mundo, gracias a las reediciones de sus *Cantos populares de mi tierra*, publicado en Bogotá por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo en 2005, y por el Ministerio de Cultura en 2010 en la Biblioteca de literatura afrocolombiana.

## LOS ACTIVOS MAESTROS

### *GIOVANNI QUESSEP (1939)*

Tres nuevos libros son los publicados por Quessep en la década: *El aire sin estrellas* (2000), *Brasa lunar* (2004) y *Las hojas de la Sibila* (2006), los tres incluidos, junto con toda su poesía, en *Metamorfosis del jardín. Poesía reunida (1968-2006)*, con esclarecedor prólogo de Nicanor Vélez (2007). Vélez nos señala allí a su padre libanés y los orígenes árabes de su familia. Dicho dato nos ayuda a comprender mejor su poesía, como en este *Monólogo de Sherezada*: “El desierto / nos rodea, las dunas son ardientes. / Todo muere de sed. ¿Quién quiere fábulas?”. Pero la pregunta vuelve sobre sí misma, pues el poema concluye dando gracias a Dios y a Sherezada, quien recomienza siempre su cuento.

El cuento de Quessep reiterativo y monocorde en sus laberintos y jardines, naves y castillos, luna y desierto, patios de infancia y tigres de Blake. Lo que le lleva a preguntarse “si era un sueño o deliraba”, en ese luchar en vano, contra “el dragón de ojos babilonios”. Pero él, como la Sibila, no ofrecerá respuestas sino apenas enigmas o juegos también infinitos, como el ajedrez que nació en Oriente y hoy reina en todo el orbe. Al igual la poesía o la canción que emana de un sueño, el del “durmiendo despierto del libro de los árabes”, como dice en *El adivino*.

“Pero no somos dioses, no podemos / vencer nuestra miseria; / nos vamos sin retorno”: y éste, el lugar común, la muerte, como lo llamó Tomás Eloy Martínez en



Editorial Universidad de Antioquia

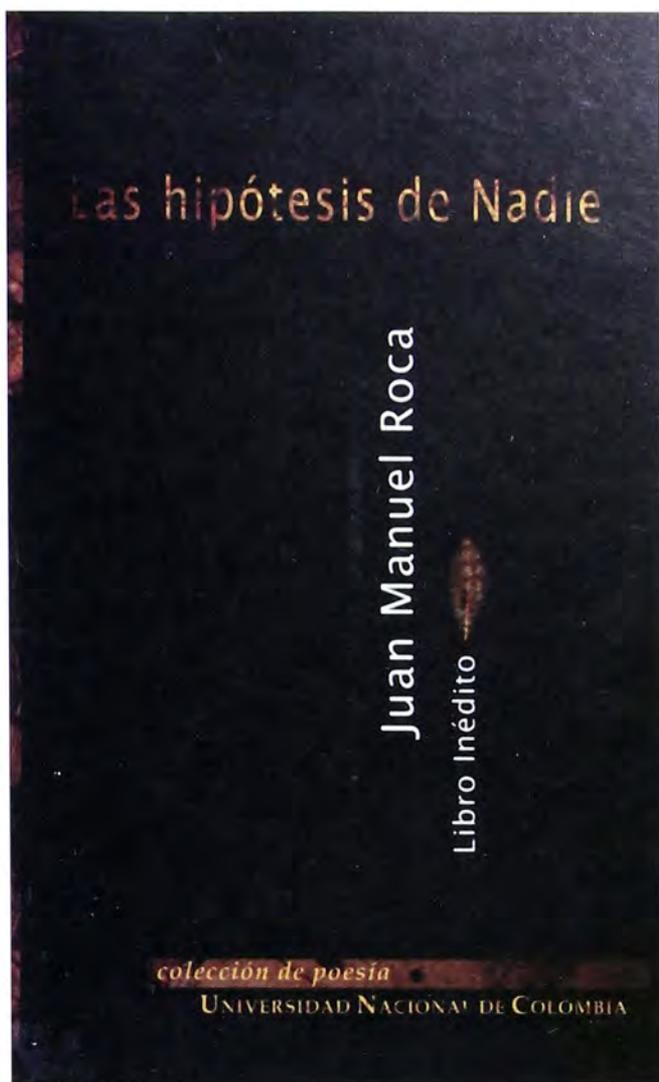
Giovanni Quessep

## Brasa lunar



Poesía

Quessep, 2004.



Roca, 2005.

su luminoso libro de entrevistas con poetas como Saint John-Perse o Vicente Gerbasi, sobrevuela estos tres últimos poemarios de Quessep. Les confiere una cierta hondura, más allá de rosas y jazmines, para enfrentarse a la helada pérdida del Edén. Al comprobar que ni ella sería “la reina de Egipto, oh Dinazarda, / ni yo el esclavo insomne, el perro asirio, / que, encadenado en el umbral de piedra, / escribe para el polvo y ve pasar el Nilo”.

A la fugacidad, inmediatez y fragmentación de la vida actual, esta poesía busca, en la lejanía de la historia, un verbo que nos reconstruya. Pero ésta no es más que la temblorosa visión, poco a poco recubierta de ceniza y olvido, de un imposible mundo de trovadores asediando en vano el alcázar de la doncella ya enajenada. Tales delirios, en pos de un sueño roto, aún engendran, como en la obra de Quessep, frágil y bella poesía.

### **JUAN MANUEL ROCA (1946)**

Esta década ha sido de cosecha y ordenamiento en el caso de Roca. Su *Cantar de lejanía* (2005) con prólogo de Gonzalo Rojas, reúne libros desde 1975 hasta 2005. Una antología personal que recoge treinta años de fidelidad a la palabra y de

combate en pro de la misma. Sea a través de sus ensayos, reunidos en *Cartógrafa memoria* (2003), Silva, Borges, Vallejo, Luis Vidales; sea mediante antologías, como la titulada *La casa sin sosiego* (2007), la violencia y los poetas colombianos del siglo xx, de Aurelio Arturo y Emilia Ayarza a Efraim Medina y John Galán Casanova.

Pero lo decisivo es, como siempre, la propia poesía. Por ello, la selección que hace en *Cantar de lejanía* (2005) de su libro *Un violín para Chagall* (2003) ratifica su pasión por la pintura. El ojo de quien escribe al tratar de traducir los colores y las formas: al intentar interpretar un grito como el de Munch o un misterio, tantas veces estudiado, como el de *Las Meninas* de Velázquez.

“Con desgano o con fijeza”, como miraba las cosas Chagall, obligándolas a volar, en el mejor poema del libro, *El matrimonio de Chagall*, también Roca abre las puertas y comparte los muros de su museo imaginario; y lo recorre, en la precisión como en la ensoñación: un dato sobre el pintor y el sueño que el cuadro, recordado, le produce.

Si bien trata de precisar fechas y mencionar museos, Velázquez fluye y vuelve a pintar al papa Inocencio X, pero ahora bajo el disfraz de Francis Bacon con cuya jaula y dientes gritamos de horror. Como lo señaló Malraux, la pintura de todas las épocas edifica el museo imaginario, el cual rehacemos con nuestra visión personal, enlazando antípodas y fundiendo discrepancias. Se pinta no para recrear la realidad, sino para suplantar a los grandes maestros. Así sucede con el inglés Bacon al tratar de hurtar sus secretos al español Velázquez “frente a la res desollada / por las manos de Rembrandt”.

Pero el interés de Roca por ciegos que sólo leen en braille, por espejos que no reflejan, por ojos con mirada de socavón, negro sobre negro, como en el caso de César Vallejo, halla una feliz realización en *Las hipótesis de Nadie* (2005), premio nacional de poesía (2004).

Porque Nadie es la sombra, el fantasma, el hueco en la foto, el vacío que todo lo recorta. Descubrir los rastros de Nadie es rescatar la huella “Del que se fue una vez / Envuelto en brumas”.

Nuestro enemigo íntimo, con el cual convivimos todos los días, a todas horas, del aburrimiento al fastidio. Ese lugar inseguro, como lo endeble de la memoria y lo precario del cuerpo, donde transcurren espejismos y preguntas, apariciones súbitas y agujeros sin fondo.

Máscara, duda; hacedor de olvidos y constructor de ruinas, Nadie termina por ser nuestro propio rostro, ya irreconocible.

Roca le presta así a muchos de sus monólogos el progresivo desdoblarse en un personaje que no termina por representarlo del todo, que se escapa a sus expectativas, que termina por esconderse y desaparecer detrás de una palabra en la cual Nadie es ya el consuelo del silencio, la blancura última. La imposibilidad de albergar mundo en esa casa sin puertas ni ventanas: el desierto que nos circunda y la intemperie que nos cobija en sus cielos, por fin vacíos.

Todo ello gracias a la evasión escurridiza de un lenguaje cada vez más preciso y detallado, cada vez más ceñido a su tema, que sólo termina por designar nieblas y

aguas inatajables, imposibles de escribir sobre ellas. En definitiva, todo ello alude al tiempo mismo, razón de ser de una poesía que si bien intenta fijar el instante también desfigura cuanto toca. No la firma Roca sino Nadie.

### **DARÍO JARAMILLO AGUDELO (1947)**

Dos bellos libros reúnen la poesía de Darío Jaramillo en este periodo, ambos publicados por Pre-Textos en España. Son ellos *Cantar por cantar* (2001) y *Cuadernos de música* (2008). En el primero, con humor y gracia, hace el muy razonable elogio de los amores imposibles. Aquéllos que pueden convocarse a cualquier hora, no son celosos ni cuestan mucho:

*no incumplen citas,  
no te quieren llevar adonde no quieres ir,  
no mienten, no exasperan.*

Entelequias que invocamos a nuestro antojo, ese juego permite asomarse al otro rostro, incómodo, fastidioso, de los amores espantosamente reales, más allá de su fascinación instantánea:

*Sufrí, descendí a los infiernos, a varios infiernos,  
usé las máscaras más degradantes, repté.  
Sufrí.  
Vinieron a salvarme los amores imposibles,  
amores sin astucia y sin heridas,  
amores curativos que no existen.*

Destellos, imágenes fijas en el recuerdo, miradas de voyerista nutriéndose de vida ajena (*Historias*), los poemas de otras secuencias como *Apariciones* y *Cantar por cantar* tratan de romper la progresión rutinaria de la seducción y el olvido, la cada vez más incómoda lista de lo que parecía ser y resultó otro error, otro fastidio.

“Nada suena canario”, “una tarde de abril sin ser cuchara”. El absurdo del lenguaje, el cantar por cantar y por simple gusto, no logra quebrar un esquema de percepción que acoge el esguince cursi —“el lánguido duende de la nariz respingada”— y que, sobre todo, se sostiene en el hilo vibrante de la música, antídoto de una soledad ya asumida hasta los huesos: “amiga, ladilla, sombra”.

Pero el intento fallido de que “no se sienta el tiempo” sólo se alcanza, quizá, en el despojo de tantas máscaras raídas y el abandono a los instantes del piano interpretado por Chopin como una caricia que recobra la infancia:

“Mañanas tranquilas bajo un sol indulgente”, y sus primeros muertos a los dieciséis, diecisiete años, Mozart, Tchaikovsky comienzan a asomar, a poblar sus líneas secas de luces vibrátiles, de pozos donde ahogarse y resurgir, “lejos del apresuramiento y de las balas”, tan habituales en las ciudades colombianas de estos decenios.

Finalmente, entre la enajenación del rapto erótico y el irónico balance de una existencia:

*•Mujeres dispuestas a morir por él  
(con él no vivirían)*

se cierra este repaso, hecho de autobiografía y afán de sinceridad, de nuevo disfraz ya desengañado de tantos trucos, insuficientes:

*desde su tumba  
pedirá que barajen y repartan de nuevo.*

Por ello, años después, en los *Cuadernos de música*, intentará someter el lenguaje a un desafío insuperable: que diga la música; que exprese, en asociación, en metáfora, en cadencia, una voz, autónoma en sí misma, y que trasciende todos los lenguajes, incluso el tosco del habla humana y el incierto y siempre aproximativo, de la palabra escrita.

“Oración para el que no tiene palabras”: así define la música Jaramillo, y ésta, por el piano, por el violonchelo, lo limpia y lo reconforta. Lo lleva a recuperar olores y sabores de infancia y a degustar una naturaleza que es farmacopea (caléndula, valeriana, cardamomo). Que es también cinestesia de colores al fusionar todos los órdenes: “El sabor de la naranja / fue la causa de la primera luz de la mañana”.

Por ello, a partir del simple sonido (alondra, jacaranda) las cuerdas se tensan y las teclas crean otro ámbito, un viaje y una levitación, desasistidos de ataduras. Los poemas finales logran así la virtud de cauterizar una pierna amputada en la dicha de la risa, en la gimnasia del juego erótico, en la aterciopelada suavidad del tacto al recrear la intimidad de una partitura: “el fantasma del gozo / su eterna eternidad”. La palabra, como la música, vuelve a las variaciones infinitas sobre unas letras, unas notas, hasta lograr que el tiempo suspenda su marcha.

## **MODELO 50**

Cincuenta y tres poetas, nacidos entre 1960 y 1995, integran la antología *Modelo 50* organizada por Fernando Herrera Gómez y publicada por la Universidad de Antioquia (2005).

Organizada, decimos, pues el compilador se limitó a publicar los tres primeros poemas enviados por los convocados, en lo que en verdad es una autoantología de nacidos después de 1950, como es el caso de Rómulo Bustos (1954), Luis Fernando Afanador (1958) o Robinson Quintero (1959), sin olvidar por cierto, a Piedad Bonnett (1951), William Ospina (1954) o Gonzalo Mallarino Flórez (1958), que en los últimos años se han dedicado a la narrativa, con la publicación de mínimo dos novelas cada uno.

## **RÓMULO BUSTOS (1954)**

En el 2004 Rómulo Bustos vio reunida toda su obra poética hasta la fecha en un volumen publicado por la Universidad Nacional con el título de *Oración del impuro*, con prólogo de Roberto Burgos. Pero es quizá la publicación independiente, en Madrid y con un agudo prólogo de Samuel Serrano, de su libro *Sacrificiales* (Editorial Veintisiete Letras, 2007) la que mejor nos permite apreciar sus varias virtudes. Una poesía regida en todo momento por un muy agudo sentido de lo sagrado, en la forma más amplia posible. Dios prueba las virtudes de un carnicero en el cuidado con que corta las vísceras. La inocencia puede llegar a ser monstruosa, del mismo modo que un adolescente gordo, hecho de miel y mantequilla, de

rosada carne de cerdo, ostenta todos los atributos de una divinidad. Una suerte de Buda que disfruta su siesta.

Así él va configurando una escritura, muy arraigada en su región costeña, en el departamento de Bolívar, y poblada de animales (vacas, mantarraya, hormigas, garcetas, paco-paco) sin por ello soslayar la mística sufi o la filosofía de Parménides. Descubre, entonces, en esa relación con el otro, el diálogo de la poesía con lo radicalmente ajeno, como cuando al inquisidor se le ordena no mirar los ojos de la bruja, pues allí encontraría “la temible compasión” o advierte como las muchachas, en el zoológico, les perturba (y lo disimulan) el trasero de los mandriles, que es como asomarse al abismo de lo siniestro, con su irreprimible, inconfesable, capacidad de atracción. Pero el poeta, más allá de Bataille, lo que confiesa es su fascinación por “los bellos y lustrosos traseros de las muchachas” contemplando el trasero de los mandriles. Así opera esta poesía, que revela las paradojas del mundo con aforismo zen, y que siempre introduce al mismo poeta en ese juego de alusiones al borde del abismo. Por ello él es capaz de ver al pájaro carroñero como un ayudante eficaz, al igual que al propio poeta, “en la resurrección de los muertos”. En el recobro de la infancia y de un espacio habitado no por la malicia, que con tanto humor integra al texto, sino por la irónica sabiduría, que impregna con tanto encanto todos sus poemas.

### **LUIS FERNANDO AFANADOR (1958)**

En *Extraño fue vivir* (Bogotá, Magisterio, 1999) Afanador busca conservar la infancia, la figura del padre, las primeras cervezas. “Un recuerdo / intenso y desgarrado”. Sin embargo, el mundo continúa atropellando indetenible, ofreciéndole nuevos enigmas.

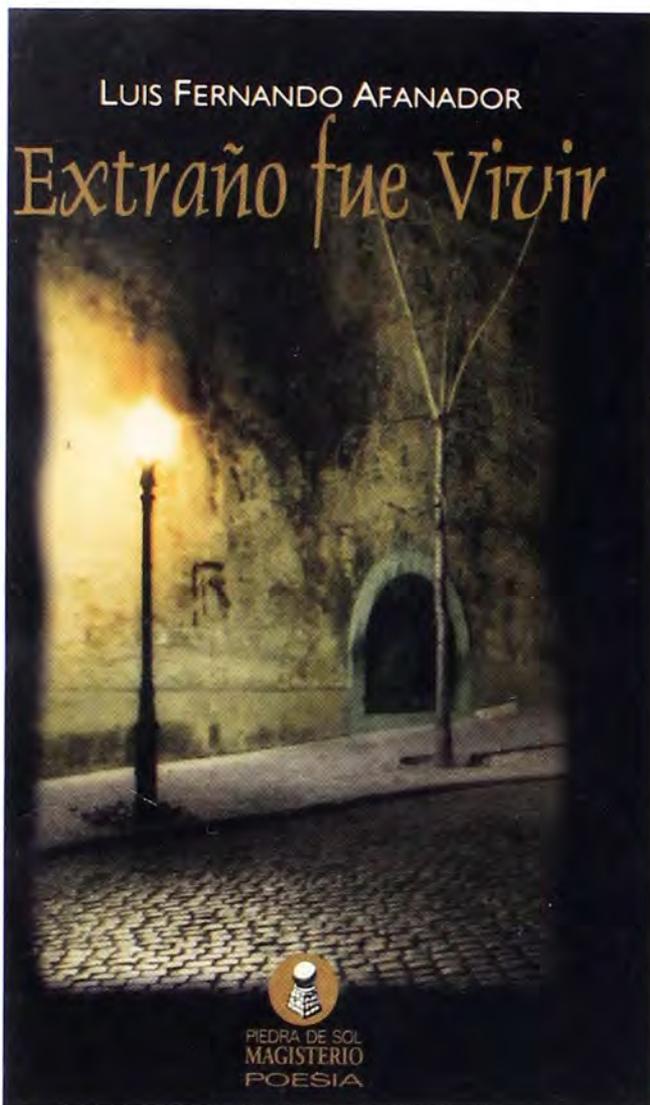
*Una hora de la tarde  
en que una maravilla está a punto de ocurrir  
Nunca ocurre nada  
aunque estuvo a punto de ocurrir.*

Con laconismo, en poemas breves y secos, él asume la pérdida, la caída. Se aferra a repetidas costumbres. No sabe, en verdad, que mensaje transmitir a sus alumnos de literatura. Así los amores, las ciudades, las revelaciones transitorias del alcohol, todo muestra su inutilidad última. Su concepción de la poesía, sus indecisiones respecto a una palabra útil, que denuncia “la violencia y la injusticia” o aquella que sólo refleja su amor a la palabra misma, lo lleva a concluir que el canto, en sí mismo, se justifica, más allá del tema o de la intención. “Canta sólo por cantar. Canta solamente”.

### **ROBINSON QUINTERO (1959)**

En el 2004 la Colección de poesía de la Universidad Nacional publicó el libro de Robinson Quintero: *La poesía es un viaje*, con prólogo de Jineth Ardila.

Como en el caso de Afanador la figura del padre orienta el libro, son los viajes que el padre emprendió en camión, en carro, por las carreteras de Colombia los que le revelan más que la Naturaleza misma, con mayúscula, los simples paisajes y sus moradores. Quintero busca una poesía en tono menor que dé cuenta de choferes y ayudantes



Afanador, 1999.

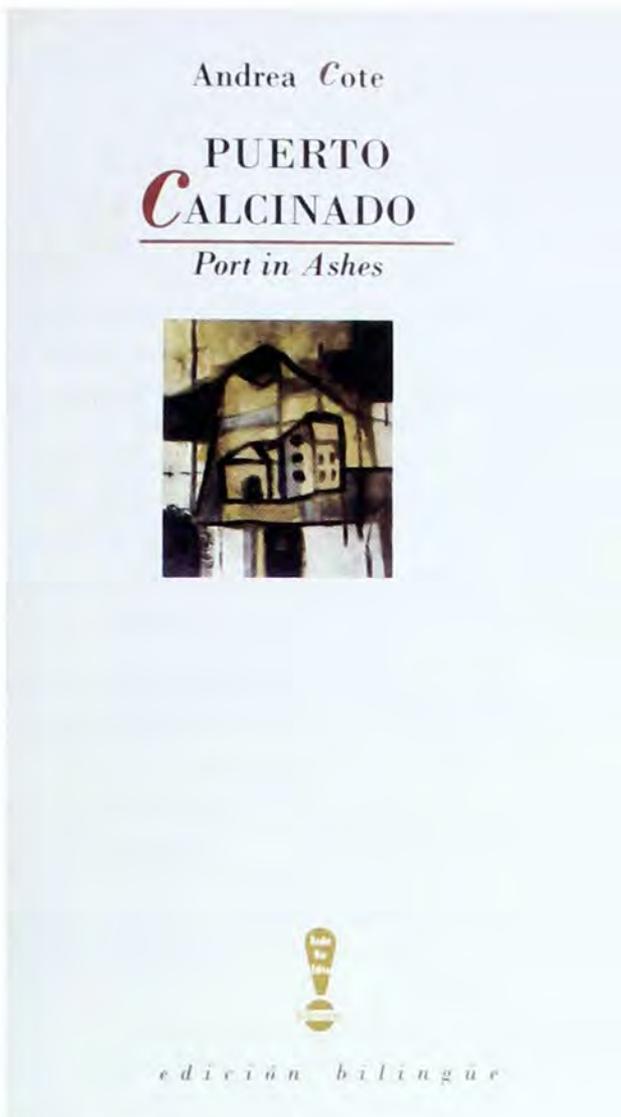


Quintero Ossa, 2004.

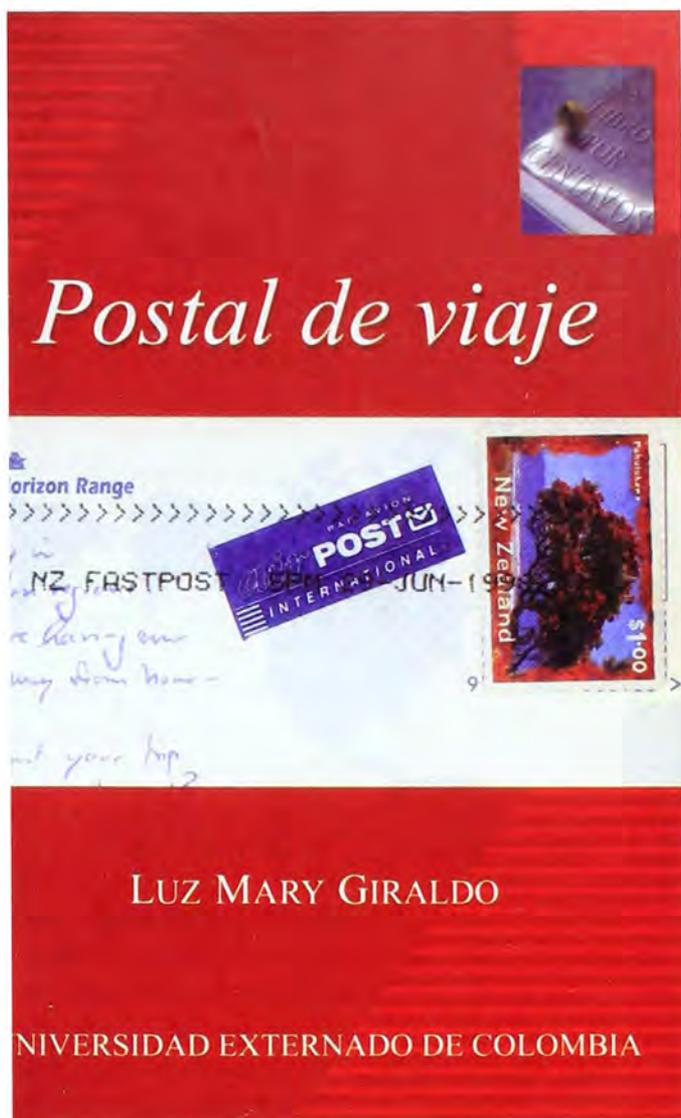
de flota, de pasajeros y derrumbes de tierras, de incertidumbres y epifanías en medio de esos precipicios en el altiplano y de esos aromas de frutas ya en la tierra caliente.

Los nombres son así una revelación: “El Otún de altas guaduas / el Nus y el Cauca de intensos soles / el Atrato penumbroso / el vasto Magdalena”. Un recorrido válido por la geografía colombiana, pero mejor aún por el carácter del hijo, quien en este viaje iniciático descubre el mundo y, ante todo, una manera de mirarlo. De reconocer, como muchos de los poetas de esta época, que la epifanía se da ante todo a la intemperie y que entre el deseo y la muerte el viaje mismo de la poesía no requiere de una Ítaca mitológica, sino de sortear con astucia, al timón y detrás del parabrisas, lugares marcados con nombres muy elocuentes: “Nariz del Diablo / Alto de las Ánimas / Ladera del Muerto”. Humildes cruces de madera para marcar la curva y el desfiladero por donde se precipitó el vehículo.

En el 2008 Robinson Quintero publica (Fundación Domingo Atrasado) un libro de otra índole, pero en realidad de gran originalidad *13 entrevistas a 13 poemas colombianos*, donde textos de Quessep y Roca, Horacio Benavides y Méndez Camacho, Álvaro Rodríguez y Meira Delmar, entre otros, son interrogados en compañía de su autor para indagar en su concepción y sus desarrollos, su inserción en una trayectoria y la siempre abrupta certidumbre de cómo un sonido se concreta



Cote, 2008.



Giraldo, 2003.

en sentido, de plurales derivaciones históricas o culturales. Cómo la memoria trae al presente un instante que ya no es vida recordada sino palabra que se debate o fluye como un milagro para ser sólo ella misma, en plenitud grávida de sentido.

### **LOS CUADERNOS DEL EXTERNADO**

Como un homenaje a Fernando Hinestrosa en sus cuarenta años como rector de la Universidad Externado de Colombia (1963-2003) comenzó a circular en octubre de 2003 y con tiraje de 12.500 ejemplares la colección Un libro por centavos. En setenta páginas y a precio económico busca “La divulgación masiva de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores del género”.

Iniciativa del poeta cucuteño Miguel Méndez Camacho, en diciembre del 2008 había alcanzado los 43 títulos con una selección del poeta peruano César Vallejo. Sería así Vallejo el segundo poeta extranjero publicado después del venezolano Eugenio Montejo (1938-2008) con su selección, en el cuaderno núm. 31, titulada *Los ausentes y otros poemas*, aparecida en el 2007. Los libros se distribuyen junto con la edición de la revista El Malpensante.

La colección cumple su propósito. Allí están “los más reconocidos”: José Asunción Silva, Jorge Isaacs, León de Greiff, Aurelio Arturo, Luis Vidales, Meira Delmar, Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Durán.

También tenían destacada participación las mujeres con María Mercedes Carranza, Piedad Bonnett, Andrea Cote, Lucía Estrada, Tallulah Flores, Luz Mary Giraldo y Renata Durán.

Tallulah Flores, por ejemplo, busca “la certidumbre de lo simple” mediante variados homenajes. Como es habitual dentro de la poesía escrita por mujeres allí se dan cita Emily Dickinson, Sylvia Plath y Alejandra Pizarnik. Igual sucede con Lucía Estrada cuando apela a figuras como Djuna Barnes, o mujeres de Rilke, Scott Fitzgerald o Henry Miller para intentar revelar el otro rostro de la creación, esos “lentos animales / de la noche” que rodean su casa. Se podría, en cierta forma, establecer un santoral femenino con estos nombres de referencia. A quienes se añadiría, inevitable, el de Frida Kahlo, reiteradamente invocada en textos, sean de Luz Mary Giraldo o Piedad Bonnett.

Otra vertiente que estos cuadernos han explorado con acierto es la de los poetas jóvenes, como es el caso de Federico Díaz Granados (1974), Juan Felipe Robledo (1968), John Jairo Junieles (1970) o John Galán Casanova (1970).

“Saber que se estorba, que solo ebrios nos quieren los amigos”: la poesía de Federico Díaz Granados está impregnada de una profunda melancolía. Un adiós a la infancia y sus juguetes, una recién adquirida conciencia de ser solo huéspedes de un hotel de paso. Postales de viaje, enviadas o recibidas, que no alcanzan a llenar el álbum de la memoria.

Por su parte Juan Felipe Robledo percibe cómo canjear palabras, “en el sucio mercado de los días”; no hace más que incrementar las cuotas de muerte y olvido. Quizá por ello estos poetas tienden a encontrar en el alcohol o la pintura, el *jazz* o la literatura, una vía de escape, un espacio para compartir, una conversación con los amigos al recordar figuras como Cesare Pavese, el narrador y poeta italiano suicida. Solo que esta poesía también posee una veta, sonriente y cariñosa que reconoce en el padre, la madre o la amante, una energía que alcanza a sostenerla aún, en el esfuerzo, en tantas ocasiones baldío, de la escritura.

John Galán Casanova con un tono más pugnaz y directo comprueba lo inseguro de la ciudad, lo fugitivo del amor, sea con un desconocido, las ruinas de la fragancia que se olvida. Tal vez por eso, en muchas ocasiones, se apela a una voluntad de trascender la soledad individual en un llanto colectivo o recurrir al humor y los viejos tópicos para que el cuerpo desnudo, en la exhibición comercial del erotismo, recobre su aura, en la urna del sarcófago, por algún tiempo. Pero el golpe definitivo será el de la prostituta que recuerda a los poetas, caídos de la borrachera, que “hablan y hablan y hablan”. Para concluir, con ironía: “Ellos saben / que aquí se les celebra todo / siempre y cuando traigan plata. / Sin plata no hay poema que valga”.

En todo caso, es grato pensar que por poco más de mil pesos, podemos acceder a la tradición y a la vanguardia de la poesía colombiana, en pulcros cuadernos que en el 2009 llegaron a su entrega núm. 54.

Fernando Hinestrosa al recibir su doctorado *Honoris Causa* quizá recordó en la Sorbona a su padre Ricardo Hinestrosa hablando con Baldomero Sanín Cano sobre

poesía, y comprendió que también la Sorbona, en su acertada designación, incluía los hermosos jardines del Externado y los útiles y gratos cuadernos de poesía, para llevar en el bolsillo, la cartera o el espíritu. Fernando Hinestrosa, gran jurista y pedagogo, sabe que las leyes de la poesía enaltecen al ser humano.

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **Imágenes**

AFANADOR, Luis Fernando, *Extraño fue vivir*, Bogotá, Editorial Magisterio 1999.

ARANGO, José Manuel, *Poesía completa*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2003.

CARRANZA, María Mercedes, *Poesía completa y cinco poemas inéditos*, Bogotá, Alfaguara, 2004.

COTE, Andrea, *Puerto calcinado / Port in Ashes*, San Cristóbal, Nadie nos Edita Editores, 2008.

CHARRY LARA, Fernando, *Poesía reunida*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

GARCÍA USTA, Jorge, *El fuego que perdura*, Cartagena, Universidad de Cartagena, 2007.

GIRALDO, Luz Mary, *Postal de viaje*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2003.

LUQUE MUÑOZ, Henry, *Polen de lejanía*, Bogotá, Universidad Javeriana, 1998.

MARTÍN, Carlos, *Hacia el último asombro*, Bogotá, El Áncora Editores, 1991.

OBESO, Candelario, *Cantos populares de mi tierra*, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2005.

QUESSEP, Giovanni, *Brasa lunar*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2004.

QUINTERO OSSA, Robinson, *La poesía es un viaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004.

ROCA, Juan Manuel, *Las hipótesis de nadie*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005.

ROJAS HERAZO, Héctor, *Candiles en la niebla*, Barranquilla, Uninorte, 2006.

RIVERO, Mario, *Balada de la gran señora*, Bogotá, Arango Editores, 2004.